

—¡Bondad divina! ¡Sois vos, sois vos!....

Gerardo, que ya se había puesto en marcha, se detuvo estupefacto.

—¿Me conocéis?—preguntó él.

—¡Misericordia! replicó el personaje. ¿Si conozco al caballero Gerardo de Noyal? ¿Si le conozco? Si os he visto nacer..... y vos me conocéis también..... Tomaros la molestia de mirarme con atención y al punto tendré el honor de ser por vos reconocido.

Y al mismo tiempo, desaciéndose de su largo fieltro, se cuadró delante de su interlocutor, los labios sonrientes, los ojos iluminados de ternura.

—Esperad, murmuró Gerardo despues de un segundo de examen—ó yó me engaño mucho. ó vos sois Roberto Briquet.

El personaje batió las palmas alegremente.

—No os engaiais—dijo él enseguida—Yo soy Roberto Briquet en persona.

Y despues de un tono más grave, añadió:

—Mayordomo del difunto conde Gontran de Noyal, vuestro hermano primogénito.

—¡Mi hermano ha muerto!—exclamó Gerardo.

—¡Hace seis meses, de la caída de un caballo, y sin posteridad!

—¡Dios haya acogido su alma!

—Por un testamento bien en regla, prosiguió Roberto Briquet, el Conde dejaba todos sus bienes á vuestro otro hermano, el señor Vizconde, viudo, y padre de dos hijos, el cual tomó posesion del castillo guardándome á su servicio, y conservándome el titulo y las funciones de mayordomo....

—¿Pero que habeis venido á hacer á París? interrumpió Gerardo, si no es indiscrecion el preguntároslo.

—He venido expresamente á buscaros.

—¡A buscarme!—repitió el gentil-hombre,—¿hablais con seriedad?

—Obedezco las órdenes de mi señor el vizconde Amaury, hoy conde de Noyal.

—¿Es que mi hermano se inquieta por mi suerte?

—¿Si se inquieta? ¡el pobre señor! ¡ah, ya lo creo bien! En estos momentos, su más grande, su único deseo, es saber si vos, de quien no tiene él noticias hace ya cuatro años, os hallais en este mundo.

—¿Y qué quiere de mi?

—Quiere veros, pediros perdon de los disgustos que haya podido causaros, estrecharos, en fin, en sus brazos; así es que tengo la mision de conducirlos, cuando os encuentre, al castillo de Noyal.

—Pues no iré.

—¡Misericordia!

—¿Qué voy á hacer en una morada que no es la mia, cerca de un hermano que me ha despreciado? ¿Qué hay de comun entre nosotros, excepto el nombre?

—Ese nombre, caballero vais á perpetuarlo. Ese castillo, esos vastos dominios, vais á poseerlos en calidad de único heredero.

—¡Roberto Briquet, perdeis la cabeza! ¿Olvidais que mi hermano tiene dos hijos?

—¡Dos hijos que han muerto uno despues de otro en el espacio de seis meses!

—Y su padre atacado de una de esas enferme-

dades cuyo fin se prevee, no le quedaba sino un sólo mes de vida, así lo pronosticó el facultativo, cuando yo le dejé hace quince dias. Ya veis que es preciso partir enseguida, porque estando vuestro hermano á dos dedos de la tumba, ya comprenderéis que él no testará hasta tener la seguridad de que vos le sobrevivis para disfrutar de la herencia.

VI.

LA PARTIDA.

El hombre más bien templado que hubiera acabado de empeñar por veinte escudos su última alhaja, no dejaria de comoverse profundamente al saber de improviso que iba á ser rico.

Gerardo se sometió á esta ley comun.

El olvidó un instante los tesoros fabulosos, áun hipotéticos de la piedra filosofal, para no soñar sino en esta fortuna positiva y palpable que se le ofrecia, fortuna bien suficiente para la realizacion de sueños ménos ambiciosos é insensatos que los suyos.

El, el pobre hijo desheredado, de quien se habia querido, contra su voluntad, hacer un sacerdote, iba á ser el conde de Noyal, el último representante de una raza ilustre, y el dueño absoluto de vastos dominios.

Gerardo sintió apoderarse de él una especie de vértigo. Púsose muy pálido y vaciló visiblemente sobre sus piés.

—Ahora, dijo Roberto Riquet, el señor vizconde me permitirá acompañarle á su habitacion.... harémos el equipaje y en marcha.

Gerardo, á quien no le extrañó verse ya saludado con a vuel titulo, movió la cabeza en sentido negativo.

Acababa de acordarse de los sucesos ocurridos el dia anterior y de su amor á Hilda.

—Pues qué, balbuceó Roberto Riquet pálido á su vez; ¿el señor Vizconde rehusará seguirme?

—No, respondió el gentil-hombre, yo no rehuso.... os acompañaré; pero hoy me es imposible salir.

—¿Cuándo, entonces?

—Dentro de tres dias.

—¡De tres dias! ¡misericordia! repitió el mayordomo, ¡eso es imposible!

—Pero en fin, dijo despues de una ligera pausa, partiremos dentro de ese plazo, y haga el cielo que llegemos á tiempo.

Despues, echando una mirada discreta, aunque investigadora, sobre el traje singularmente usado de Gerardo, continuó:

—El señor Vizconde aprovechará esta demora para renovar sus prendas.

—Cosa fácil de decir, replicó el gentil-hombre sonriendo.

—El señor vizconde, ¿me permitirá dirigirle una pregunta?

—Y dos.

—¿Acaso tendrá suficiente dinero?....

—Me apresuro á añadir que no tengo gran cosa. La noche última, un incendio, del que no escapé sino por un milagro, se declaró en mi habitacion y consumió cuanto poseia.